

# Un acto de prestidigitación: *Nada me falta* de Gonzalo Soltero

Andrés García Barrios



Fotografía: Alejandro Arteaga

HAY QUE TENER SIEMPRE A MANO LA DEFINICIÓN de Chesterton para la palabra “divertido”: lo que no es aburrido. Así de simple. No se necesita reír para divertirse. De hecho, la etimología permite pensar que la clave está en lo diverso, en la variedad de emociones, ideas, intuiciones y sensaciones que algo nos provoca. *Nada me falta*, de Gonzalo Soltero, es así.

Se trata de un *thriller* realista en el escenario del narcotráfico, una *road movie* —mejor dicho, *road novel*— en la que un sesentón enfermo terminal que ha decidido abandonar su tratamiento médico para entregarse a la muerte toma el auto y emprende la huida de casa, dispuesto a perderse en el camino. En sus breves pero sustanciales notas de viaje —poéticas por la cercanía de la muerte—, inscribe su nombre, pero enseguida lo tachonea para irse acostumbrando a desaparecer.

Un temprano desfallecimiento lo pone en manos de otro ser anónimo que lo recoge, lo atiende y, siendo médico, parece resultar la aparición perfecta. Pero comienza el *thriller* y averiguamos que el silencioso doctor —pequeño y moreno como ídolo de barro— urde otra trama: propone al moribundo hacer el papel de enfermo en su plan para huir de un grupo de sicarios, otrora sus secuaces, que lo persiguen para matarlo. A cambio le ofrece llevarlo al país de al lado y hacerle más largo y divertido el paseo hacia el desvanecimiento. Entrañables, ambos personajes recorrerán entonces miles de kilómetros en busca de la única persona que puede apoyar su fuga, escondiéndose en hoteles, asesinando gente y estrechando una amistad que hará que, incluso, lleguen a revelarse el uno al otro sus nombres, que a nosotros, los lectores, el autor nos oculta.

La arquetípica y versátil mancuerna del médico y su paciente presenta aquí una versión inédita. En el México actual —de movimiento alterado— todo rol social puede trastocarse, incluso el de moribundo. Aquí, el “enfermo imaginario” que precisa atención imaginaria urgente no es interpretado por un hombre sano pero hipocondriaco, sino por alguien a quien la medicina ya no podrá salvar pero que con valentía asume el papel de quien aún tiene remedio. Todo para ayudar al médico que no puede curarlo. La potencia humorística de esta cláusula subyace al tono dramático de la novela y es lo que le da a la relación de los protagonistas su valor entrañable. El “Don” y el “Doc” quedan en la memoria del lector como pareja inseparable, apoyada por la afinidad de sus nombres y el contraste de sus figuras, una presumiblemente delgada y pálida, y otra pequeña, cuadrada y oscura.

La pluma de Gonzalo Soltero se mueve con sensibilidad poética en la recreación de la cercanía de la muerte, y con destreza va del lenguaje elegante del narrador a la vulgaridad del habla de los narcotraficantes, logrando que la voz cotidiana refresque el marco abatido de la mente que está muriendo. *Nada me falta* contiene, además, un fragmento que materializa la experiencia interior del desvanecimiento corporal a la manera en que ocurre con el sentido del tacto en *Seda* de Alessandro Baricco. A lo anterior se añade una innovación que da a *Nada me falta* cierta singularidad. Al ser una novela de acción, realista, en lenguaje objetivo (no sin destellos líricos) y en tiempo lineal, el autor elige dosificar en cada página sólo uno o dos párrafos breves, como diminutos capítulos cuya extensión es congruente con la condición del narrador moribundo. Quizás el proyecto nació como una novela para *twitter*. Lo cierto es que al terminar la lectura hemos recorrido ciento sesenta páginas (y muchísima acción) en una hora. De nuevo sorprende, pues, que a pesar de tratarse de un *thriller*, su concreción narrativa logre total elocuencia para tratar el asunto y, como la brevedad poética del haikú, fluya sin omisiones ni restos.

Sin afán de originalidad, podemos proponer el término “mini” o “micro novela” para este género en el que la lectura se reduce en tiempo sin perder ninguno de los atributos de la novela larga en los que coinciden el sentido común y la teoría: en cuanto al formato, numerosas páginas; y en lo formal: evolución sustancial de los personajes, desarrollo de varias líneas de acción y estructura con diferentes puntos de quiebre.

Inciso aparte merece el efecto que produce este paso veloz de las páginas, en cada una de las cuales leemos una acción puntual que es a la vez parte de un todo en avance. Aclaremos que aunque en *Nada me falta* es evidente la cantidad de espacio en blanco que rodea a cada texto (al grado de que al comenzar la lectura podemos pensar que se trata de una narrativa “poética”), el diálogo entre la palabra y la página no parece ser sustancial en la experiencia. Quizás un libro más pequeño, de bolsillo, se sostendría igual e incluso acentuaría su carácter de “mini novela”. No cabe pues

hablar de Mallarmé y sus innovaciones en ese aspecto si no es más que para señalar cómo éstas hicieron evidente (no por primera vez pero sí de la forma más transparente) que el acto físico de leer (tener en las manos el papel, desdoblarlo, doblarlo, pasar los ojos por la línea, saltar a otra...) es esencial en la experiencia estética. No es extraño que para el poeta francés la plenitud del oficio radicara en la creación no del texto ideal sino del *libro* perfecto.


Libro ideal —cuyo texto y soporte son lo mismo— es el *Libro de arena* de Borges, volumen concreto, asible, que sin embargo no comienza ni termina y que devela que, en esencia, hojearlo (aún más, sólo sostenerlo) sería tanto como leerlo. Otro texto —éste sí una novela real— en el que el rol del papel es notable es *Rayuela* de Julio Cortázar, donde el lector puede, si quiere, elegir la ruta de lectura al azar, brincando de un capítulo a otro en desorden. Así, tras emigrar del pasado al futuro y de París a Argentina, encuentra que la narración se ha

acabado de pronto pero que el libro sigue ahí, en sus manos, guardando un misterio.

Otra especie de sortilegio ocurre con *Nada me falta*, por el que se hace evidente la importancia de haber colocado en cada página una sola acción (¿un solo “mini capítulo”?) y de extender el texto en una buena cantidad de páginas. A pesar del poder literario de los fragmentos, *Nada me falta* no sería lo mismo si todos ellos se reunieran —para economizar, por ejemplo— en las cuarenta páginas en las que cabrían sin esos cortes. Una especie de acto de prestidigitación provoca que el aliento de la lectura se vuelva largo, amplio, y que a pesar del tiempo real del reloj, el tiempo subjetivo se dilate y la experiencia de lectura se nutra y evolucione como si los textos fueran tan largos como en las demás novelas.

Da la impresión, sin embargo, de que cierta timidez —o cierto desconocimiento del alcance de su logro— llevó a Gonzalo Soltero a justificar, en la anécdota, la distribución del texto en la página, planteando el libro como verdadero cuaderno de notas escritas de puño y letra por el narrador moribundo. El dato, que se concreta hacia el final, contradice el hecho de que, después de cierto punto muy cercano al inicio, el lector tiene todo el tiempo la claridad de que lo que sostiene en las manos son sólo las notas mentales de un hombre que —incapaz de escribir cualquier cosa por su estado físico— divaga o a lo sumo imagina que está narrando algo a alguien. Concesión innecesaria del autor, o ingenuidad, que perturba la cualidad casi etérea del libro.

Uno también podría desear que Soltero no hubiera caído en la tentación de la contundencia final, con esas dos últimas palabras que, aún cuando le hacen eco al inicio, dan demasiada solidez a la experiencia de desvanecimiento (experiencia sostenida en parte, por cierto, en una tipografía que palidece, como otro acertado detalle de la materialidad expresiva del libro).

Finalmente, hablando de materia editorial —que aquí evidencia, según lo dicho, su vértice poético—, debemos destacar la cuidadosa labor de Textofilia y la bella ilustración de Xeví Vilaró para la portada. La editorial, joven, obtuvo la licitación del Fondo de Apoyo a la Producción Editorial convocada en 2012 por Conaculta. Gracias a ello nos ofrece ahora *Nada me falta*. 



*Nada me falta*  
Gonzalo Soltero  
México, Textofilia, 2014, 162 pp.